

Índice

Índice de ilustraciones	13
Agradecimientos.....	15
Introducción	19
Literatura, ciencia y nación.....	25
República Dominicana, Puerto Rico y Cuba	35
Umbrales científicos, genealogías literarias.....	43
Literatura de viajes, historia natural, imaginarios raciales	43
Cuadros de costumbres en Cuba y Puerto Rico	53
Ficciones etnográficas.....	62
Fernando Ortiz y la antropología en Cuba	68

Parte I. República Dominicana

Preámbulo.....	77
Entre España y Haití	81
1. La Española en disputa.....	93
Lo español y lo francés	96
Lo dominicano y lo haitiano	107
Naturaleza.....	111
Blanqueamiento.....	114

2. Indigenismos literarios.....	121
Narrativas indigenistas.....	125
El indio como vasallo del amor	131
Indios buenos e indios malos.....	136
Tradiciones literarias: historia y memoria, indigenismo y antihaitianismo.....	141
3. Hispanización	153
Entre la ficción y la etnografía	156
Canon, historia literaria e imaginario racial	163
4. Arqueología nacional.....	169
Objeto, coleccionismo y museo	173

Parte II. Puerto Rico

Preámbulo.....	185
De las Reformas Borbónicas al reformismo antillano.....	192
5. En los márgenes del Imperio	203
Historia natural, degeneración y canon puertorriqueño.....	205
6. Estampas desde el otro lado de las Antillas, o cómo y por qué se escribieron los primeros cuadros de costumbres sobre Puerto Rico	219
El jíbaro como tropo de la identidad nacional	223
7. Autonomismos literarios y científicos	235
Ficción, naturalismo e historia natural.....	243
Antologías costumbristas: tipos, reformas y educación.....	256
Los inicios de la antropología en Puerto Rico	263
Los inicios de la sociología en Puerto Rico	270

Parte III. Cuba

Preámbulo.....	285
Un criollo en la corte imperial.....	288
8. Poéticas y políticas viajeras.....	299
Miradas postimperiales.....	299
Cartografía.....	301
Estadísticas.....	305
La confederación africana en las Antillas	311
Haití.....	315
Entre la estética y la ciencia	320
Entre la observación y la escucha.....	329
9. Cuadros de costumbres: cultura visual, ficciones disciplinarias, ciudadanías futuras.....	343
De náñigos y curros.....	357
10. Antropologías literarias.....	371
Realismo etnográfico, costumbrismo científico.....	373
11. Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba	389
Epílogo.....	401
Bibliografía.....	407

Introducción

En su *Historia geográfica-civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* (1788), fray Íñigo Abbad y Lasierra describe las relaciones entre colonizados y colonizadores en base a una dinámica de doble intercambio. Para el viajero naturalista, quien vivió en la isla de 1772 a 1788 y escribió el libro a petición del conde de Floridablanca, no solo la cultura aborígen había sido marcada por la española, en el contexto de las primeras décadas de la conquista y la colonización, sino que esta última había incorporado muchas de las costumbres de vida, alimentación y alojamiento de las poblaciones indígenas (493). Abbad detallaba las relaciones de intercambio, entre indígenas y españoles, de una manera bidireccional: el proceso implicaba la pérdida de prácticas culturales previas y la incorporación de nuevas experiencias para cada grupo. De esa manera, reconocía que los proyectos de colonización dependían, en algún sentido, de una dinámica de mutuo “aprendizaje” entre colonizadores y colonizados.

Al igual que él, muchos viajeros naturalistas entendieron las relaciones entre indígenas y peninsulares en términos que luego serían definidos por Fernando Ortiz como transculturales. El concepto, acuñado por el antropólogo en el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), fruto de una negociación con el aparato conceptual y metodológico de la ciencia europea, tendría, además, una genea-

logía alternativa, centrada en la experiencia colonial, que ha pasado inadvertida por la centralidad concedida a los paradigmas científicos europeos, a la hora de pensar la constitución de las ciencias sociales en la región. En ese sentido, el caso de Abbad permite replantear la importancia de las tradiciones viajeras para la imaginación científica de América Latina y el Caribe. Si, como sugiere Mary L. Pratt, la retórica de la antropología se deriva de géneros literarios anteriores como la literatura de viajes, en tanto la representación que hizo el antropólogo de sí mismo provino directamente del viajero (“Fieldwork in Common Places” 42), habría que añadir, además, que la literatura de viajes organizó un campo conceptual central para las futuras ciencias sociales. Mientras la figura del viajero fue fundamental para la estabilización del antropólogo, la literatura de viajes ayudó a constituir las fronteras de las nascentes ciencias sociales, a finales del XIX y principios del XX. La emergencia de la antropología, como discurso académico, constituyó un fenómeno del siglo XIX, pero su campo de saber tiene, como señaló Joan-Pau Rubiés, una larga tradición en la literatura de viajes (242-260).¹

Otros conceptos claves, para la historia científica y cultural latinoamericana y caribeña, como mestizaje y mulataje compartirían esa misma genealogía heredera de la tradición viajera colonial. Uno de los pasajes más sorprendentes del *Ensayo político sobre la isla de Cuba* (1827) de Alexander von Humboldt es aquel en que el intercambio racial aparece formulado en términos positivos. Al respecto, Humboldt afirma:

1 En *Colonial Subjects*, Peter Pels y Oscar Salemink apuntan una problemática similar: “There are clear continuities between the rhetoric of academic ethnography and the ‘manners and customs’ genres that preceded it” (7). Ambos enfatizan que, después de Bronislaw Malinowski, la antropología producida desde instancias no académicas fue reinventada como una protoantropología. Detrás de esa operación lo que subyacía era el deseo por sustentar la autoridad del antropólogo y de la antropología frente a las prácticas culturales que habían cumplido una función similar. Respecto a la antropología europea, sus procesos de institucionalización y periodizaciones se puede revisar: *Victorian Anthropology* y *Delimiting Anthropology*, ambos de George W. Stocking, Jr.

Cuando se considera que los blancos han contribuido a la existencia de 70.000 mulatos, dejando aparte el aumento natural que habrían podido tener tantos millares de negros introducidos progresivamente, exclama uno: ¿Qué otra nación o sociedad humana puede dar una cuenta tan ventajosa de los efectos de este desgraciado tráfico? (107)

Para Humboldt, quien arriba a las Américas en los albores del nuevo siglo y se convierte en un crítico feroz de la esclavitud, el tráfico de esclavos en Cuba había conllevado la proliferación de la población mulata. Contrario a las teorías, formuladas desde la historia natural, que postulaban la mezcla racial como sinónimo de degeneración, Humboldt reconceptualiza el fenómeno en términos celebratorios. A finales del siglo XIX y principios del XX, las nociones de mestizaje y mulataje se convirtieron, para las elites latinoamericanas y caribeñas, en contradiscursos claves a partir de los cuales se reformularon las visiones pesimistas construidas alrededor de la idea de la mezcla racial, desde las de Georges-Louis Leclerc, Conde Buffon hasta las de Arthur de Gobineau y Cornelius de Pauw.

Los textos de Abbad y de Humboldt fueron leídos, comentados y publicados por importantes miembros de las elites criollas en los siglos XIX y XX. En 1866, el puertorriqueño José Julián Acosta editó la *Historia* de Abbad en su imprenta y, al mismo tiempo, glosó y escribió, en las notas al pie de página incluidas en su publicación, su propia historia de Puerto Rico. En Cuba, Humboldt encontró uno de sus más fervientes lectores en Francisco de Arango y Parreño, quien comentó la edición francesa del *Ensayo*. Sus anotaciones fueron incluidas posteriormente por Fernando Ortiz en la edición que hizo del libro en 1930. Los comentarios de Acosta y Arango cambiaron para siempre los modos de leer a Abbad y a Humboldt. A la hora de acercarnos a sus textos, ya no leemos tan solo a los viajeros europeos, sino que su escritura aparece mediada por la intervención de los criollos. Las publicaciones de Acosta y Ortiz respondían al deseo de buscar unos comienzos para las tradiciones intelectuales caribeñas, en el sentido estudiado por Edward Said (*Beginnings* 3-26) y se convirtieron, además, en importantes proyectos políticos, intelectuales y culturales para el Puerto Rico reformista del XIX y la Cuba republicana del XX.

Al publicar la *Historia* de Abbad con sus anotaciones, Acosta intentó crear, dada la censura colonial, espacios para la historiografía criolla en Puerto Rico. Ortiz, por su parte, al difundir el *Ensayo* de Humboldt, en la Colección de Libros Cubanos, buscó modelos de la talla del viajero y estableció, en gran medida, las genealogías que median entre la literatura de viajes y la disciplina que él ayudó a consolidar en Cuba.

La insistencia con que Acosta y Ortiz regresaron a los textos de Abbad y de Humboldt enfatiza la importancia de ambos viajeros para la cultura intelectual caribeña de los siglos XIX y XX. Los relatos de viajes de Abbad y, sobre todo, de Humboldt, dado su influyente reconocimiento internacional, les dieron a las islas una visibilidad que no habían tenido antes (Zeuske, "Alexander von Humboldt"). Por consiguiente, permitieron colocar al Caribe dentro de una cartografía geopolítica moderna. Ambos textos marcaron debates importantes en la definición de los imaginarios nacionales, raciales y literarios de Cuba y Puerto Rico. Al igual que la tradición viajera a América Latina, los textos de Abbad y Humboldt construyeron visiones "fundacionales" sobre la geografía, el paisaje y las poblaciones caribeñas (Pratt, *Imperial Eyes* 111-141; González Echevarría, *Myth and Archive* 100-110; Poole, *Vision, Race, and Modernity* 9-17). Sus relatos de viajes no solo fueron fundamentales en el imaginario europeo a la hora de concebir su contraparte latinoamericana y caribeña, en términos de discursos médicos, legales, científicos y raciales y en el proceso de su propia autoafirmación nacional, sino que, además, se convirtieron en fuente de apropiación, negociación y rearticulación, por parte de las elites criollas, en sus intentos por configurar sus propios proyectos nacionales durante los siglos XIX y XX.² Las elites letradas retrabajaron sus autorrepresentaciones simbólicas y la de otros grupos sociales y raciales de la región a partir de muchos de los presupuestos de los relatos de viajes.

2 A diferencia de otros géneros literarios, la movilidad propia de la literatura de viajes posibilitó su consumo a cada lado del Atlántico e inscribió el género en un circuito de doble circulación. Es el fenómeno que Pratt denomina "creación de una conciencia planetaria" (*Imperial Eyes* 15).

Gran parte de las visiones formuladas por los viajeros se redefinió en la tradición letrada criolla desde los cuadros de costumbres. Dentro del repertorio de prácticas simbólicas disponibles en la arena literaria del XIX, los letrados favorecieron el cuadro de costumbres como el lugar de diálogo con la tradición viajera. En ese sentido, antes de que la literatura de viajes se convirtiera en una referencia central para las ciencias sociales a finales del XIX y principios del XX, ya otros géneros literarios habían construido su aparato retórico en relación con muchas de sus premisas tropológicas y conceptuales.³ Entre los principios más atractivos que los costumbristas rearticulaban de la literatura de viajes, se encontraba, por una parte, la configuración de un aparato de lectura y clasificación de las poblaciones y, por otra, el modelo de autoridad afincado en la figura del explorador.

Muchos costumbristas se representaron en sus relatos como viajeros, ya fuera porque se desplazaban de la ciudad al campo, del centro a la periferia o, simplemente, porque regresaban a la tierra natal después de un período de ausencia prolongado. Los costumbristas eran, en gran medida, viajeros dentro de sus propios territorios y al igual que estos instituyeron sus prácticas en base a la importancia del ejercicio de observación. De esta manera, el viajero y el costumbrista establecieron relaciones de contigüidad basadas en la constitución de un campo de visibilidad, en la utilización de la mirada como forma de organización del conocimiento y en el uso de la primera persona como dominio de autoridad. Ambos conformaron una metodología de trabajo y una economía visual central para las nascentes ciencias sociales. En el Caribe, tanto el viajero como el costumbrista formaron parte esencial de lo que Jonathan Crary denominó el sujeto observador moderno.⁴ En

3 Ya González Echevarría, en su canónico *Myth and Archive*, señaló la conexión entre el costumbrismo y la literatura de viajes (209).

4 En *Techniques of the Observer*, Crary explora cómo la reorganización de los saberes, a finales del XVIII e inicios del XIX, posibilitó la configuración de un nuevo tipo de observador con cierta autonomía perceptual, donde la experiencia sensorial se convertía en parte del sistema de convenciones visuales. La modernización del observador estuvo marcada por la inmediatez y el contacto que suponía poner los sentidos del naturalista en escena. Por tanto, su figura

ese sentido, las figuras del viajero y del costumbrista pueden ser leídas como la genealogía del antropólogo y del científico social.

Junto a la literatura de viajes y al cuadro de costumbres, figura además otra instancia discursiva que entabló una estrecha relación tanto con las retóricas viajeras y costumbristas como con las futuras ciencias sociales. Me refiero, específicamente, a la novela. Si la economía narrativa viajera y costumbrista se erigió a partir de la primera persona, la novela, en cambio, organizó su universo narrativo en base a la tercera. El modelo del narrador omnisciente, propio de las ciencias sociales por su objetividad y neutralidad, provino directamente de la novela decimonónica; pero el intercambio entre ambas no se detuvo ahí. Si nos acercamos, por ejemplo, a la escritura de Fernando Ortiz, enseguida advertiremos que, junto a los testimonios de los informantes exesclavos, aparecen en sus textos extensas interpolaciones de viajeros y costumbristas; es decir, Ortiz recurre tanto a la literatura de viajes como a los cuadros de costumbres y a la novela para sostener su escritura antropológica. Entre ellos, *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde figura como un intertexto fundamental.⁵ La manera en que Villaverde circula dentro de *Los negros esclavos* (1916) es importante para entender las relaciones entre la novela y la antropología. Al integrarla a su matriz discursiva, Ortiz termina por conferir legitimidad a la ficción: Villaverde transita por las páginas de *Los negros esclavos* como documento.

Lo mismo sucede con otras figuras, algunas menos conocidas, pero igualmente importantes, en Puerto Rico y la República Dominicana. Los fundadores de las ciencias sociales, en esas otras dos islas, no solo utilizaron la novela como referente, sino que, además, incursionaron en ese género. Algunos de ellos constituyen figuras de transición entre el letrado y el científico social. Alejandro Llenas, considerado un pionero de la arqueología dominicana, tanto por sus excavaciones y

definió la importancia de la mirada como dispositivo de organización del conocimiento.

5 En “Cervantes en Cecilia Valdés”, González Echevarría señala la importancia de la novela de Villaverde para la escritura antropológica de Ortiz (82).

coleccionos como por sus ensayos, produjo desde la literatura importantes piezas de corte indigenista como “La boca del indio”. Salvador Brau y Francisco del Valle Atilas concibieron los primeros tratados antropológicos y sociológicos en Puerto Rico, al mismo tiempo que experimentaban con la ficción. Del Valle escribió la novela *Inocencia* en 1884 y tres años después publicó el primer estudio antropológico de la isla: *El campesino puertorriqueño*; Brau, por su parte, redactó sus más importantes ensayos sociológicos, “Las clases jornaleras de Puerto Rico” y “La campesina”, entre 1882 y 1887; su novela *¿Pecadora?* salió a la luz en 1887. La facilidad con que Llenas, Del Valle y Brau entraban y salían, de la ficción a las ciencias sociales y de las ciencias sociales a la ficción, revela el complicado recorrido que siguieron las ciencias sociales en el largo camino de su autonomización.

El dominicano Pedro Francisco Bonó y el puertorriqueño Eugenio María de Hostos comenzaron sus trayectorias intelectuales en el campo literario, con novelas como *El montero* (1856) y *La peregrinación de Bayoán* (1863), pero transitaron posteriormente a las ciencias sociales, con “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas” (1881) y *Tratado de sociología* (1904) respectivamente. El cambio pone de manifiesto la importancia que las ciencias sociales habían empezado a adquirir a fin de siglo. El intenso intercambio acontecido, entre las ciencias sociales y los géneros literarios mencionados, muestra la manera en que el concepto antropológico de cultura, desarrollado a lo largo del siglo xx, tuvo sus raíces en los debates intelectuales y literarios del siglo xix.⁶ La literatura de viajes, el cuadro de costumbres y la novela configuraron un concepto de cultura central para la imaginación científica de las ciencias sociales.

Literatura, ciencia y nación

En este libro, estudio la importancia de la literatura para la constitución de las ciencias sociales, como práctica y discurso moderno, en

6 Sobre este tema, véase Christopher Herbert, *Culture and Anomie*.

el Caribe insular hispánico. Mi propuesta consiste en que las ciencias sociales (antropología, sociología y arqueología) comienzan a construirse un lugar de enunciación, un campo discursivo diferenciado, a finales del siglo XIX y principios del XX, en estrecha relación con la literatura de viajes, el cuadro de costumbres y la novela decimonónica. Mientras una parte de las intervenciones críticas sobre el tema se ha dedicado a resaltar las conexiones entre las ciencias sociales caribeñas y los paradigmas científicos europeos y norteamericanos, en mi libro, en cambio, examino la centralidad de estas tradiciones literarias en el proceso de configuración e institucionalización de las ciencias sociales. En ese sentido, intento pensar las nacientes ciencias sociales, en el Caribe, no tan solo desde el archivo científico europeo y norteamericano, sino, sobre todo, desde las tradiciones literarias locales, porque es en el cruce con estos géneros literarios que las ciencias sociales caribeñas configuran gran parte de su topología y genealogía discursiva.⁷

Las relaciones entre las ciencias sociales y las tradiciones literarias que les antecedieron se pueden pensar en términos de lo que Michel

7 Entre las intervenciones críticas que estudian la antropología desde el prisma de las ciencias europeas y norteamericanas, habría que mencionar *Lydia Cabrera and the Construction of an Afro-Cuban Cultural Identity* de Edna M. Rodríguez Mangual y “The Invention of Africa in Latin America and the Caribbean” de Kevin A. Yelvington; entre las que se enfocan en las relaciones entre antropología y literatura, habría que incluir *Myth and Archive* y “Cervantes en *Cecilia Valdés*” de González Echevarría; *Travestismos culturales* de Jossianna Arroyo; *Racial Experiments in Cuban Literature and Ethnography* de Emily A. Maguire y *The Specter of Races* de Anke Birkenmaier. González Echevarría examina cómo la antropología se convierte en la gran metanarrativa de la primera mitad del XX para la novela latinoamericana. Arroyo realiza un análisis comparativo de textos literarios, etnográficos y sociológicos con el fin de estudiar las construcciones de raza, género y sexualidad y deconstruir las metáforas integradoras del mestizaje. Maguire estudia a Ortiz dentro del círculo de Cesare Lombroso y el positivismo europeo, pero propone el término de *ethnographic literature* para reflexionar sobre cómo Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Lydia Cabrera experimentaron con técnicas etnográficas desde el lugar de la literatura. Birkenmaier lee a Ortiz en medio de un circuito global y analiza las formas en que su antropología transita del paradigma racial al cultural.

Foucault denomina, en *La arqueología del saber*, “formación discursiva”; es decir, conjuntos de enunciados y de regularidades conceptuales y tropológicas, definidos desde el marco del viaje, el cuadro de costumbres y la novela, que serían centrales en la articulación de las ciencias sociales. La afinidad que las ciencias sociales entablaron con estos géneros literarios se debió a la estrecha relación que la literatura de viajes, el cuadro de costumbres y la novela habían establecido con los paradigmas científicos del XIX, en particular, con la historia natural. No se trataba tan solo de que en el siglo XIX la oposición entre ciencia y literatura no fuera relevante; los fundadores de las ciencias sociales no convirtieron toda la literatura decimonónica en su referente directo, sino solo a los géneros literarios que habían sostenido un fuerte intercambio con la preceptiva naturalista. La elección era clara: la historia natural había sido el saber hegemónico en el siglo XIX y las ciencias sociales aspiraban a ocupar ese lugar en el XX.

Al revisar la importancia de estos lugares no académicos, para la constitución de las ciencias sociales en el Caribe, formulo no solo una genealogía literaria que cuestiona el enfoque que ha predominado tradicionalmente en los estudios sobre el tema, sino que, además, me detengo en los intercambios producidos entre la literatura de viajes, el cuadro de costumbres y la novela en el siglo XIX. Así como se estableció un diálogo importante entre las prácticas viajeras y costumbristas, ambos géneros, a su vez, marcaron el dominio de la novela. Mientras el viaje figuró como un elemento importante dentro de la estructura narrativa de muchas de las novelas decimonónicas y permitió la descripción e incorporación de lugares hasta ese momento considerados periféricos dentro del imaginario nacional, el cuadro de costumbres, por su parte, funcionó como un espacio de experimentación para la novela.⁸ A finales del siglo XIX, la literatura de viajes, el cuadro de costumbres y la novela se convirtieron en uno de los umbrales epistemológicos de las ciencias sociales.

8 José Fernández Montesinos, en *Costumbrismo y novela*, y Max Henríquez Ureña, en *Panorama histórico de la literatura cubana*, propusieron pensar el cuadro de costumbres como la génesis de la novela decimonónica.

Las ciencias sociales se constituyeron alrededor del ejercicio de observación, interpretación y representación; se fundaron en el acto de producir un relato sobre la otredad y la diferencia que no pasaba simplemente a través de lo físico y lo racial, sino que incorporaba, también, una dimensión cultural. En el desplazamiento que iba de la observación a la escritura, de la experiencia a la interpretación, las ciencias sociales se convirtieron en una forma de traducción y de conocimiento. A estas dinámicas habría que añadir, también, la aparición de un discurso científico que les permitiera reflexionar sobre sus propias problemáticas, es decir, una especie de metalenguaje donde las nascentes ciencias sociales se pensarán a sí mismas. No se trataba tan solo de un nuevo modo de postular las diferencias raciales, sociales y étnicas, sino de reflexionar sobre los procedimientos a través de los cuales las ciencias sociales saldrían al encuentro con ese “otro”. En el proceso de autonomización, las nascentes disciplinas tuvieron que separarse y distinguirse de las tradiciones literarias que habían cumplido una función similar.⁹ Al igual que las “nuevas” prácticas, los relatos de viajeros y costumbristas habían erigido su economía narrativa a partir del acto de nombrar, interpretar y representar a otras culturas y a otros sectores sociales y raciales. Narraban la experiencia obtenida a través del ejercicio de la observación y fundaban sus relaciones discursivas a partir de las dinámicas entre lo enunciable y lo visible, entre la observación y la escritura, entre el observador y el observado.¹⁰

A finales del siglo XIX, los viajeros y los costumbristas habían estado en el “campo de observación” mucho más tiempo que los científicos sociales y habían definido, con anterioridad, los objetos de estudio y

9 Entre las funciones de la literatura en el siglo XIX se encontraban las de trazar cartografías para delimitar territorios y fronteras, incorporar espacios limítrofes en el proceso de configurar las naciones, crear alianzas o pactos simbólicos entre zonas distantes o sectores en pugnas, integrar grupos heterogéneos al proceso de construcción nacional y proyectar los modelos para la construcción de ciudadanías (Rama, *La ciudad letrada*; Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*; Sommer, *Foundational Fictions*; Ludmer, *El género gauchesco*; Nouzeilles, *Ficciones somáticas*; Davobe, *Nightmares of the Lettered City*).

10 Sobre el tema, véase *Foucault* de Gilles Deleuze (75-98).

muchos de los argumentos de los “nuevos” saberes. Al respecto, James Clifford señala en *The Predicament of Culture*:

At the close of the nineteenth century nothing guaranteed, a priori, the ethnographer’s status as the best interpreter of native life—as opposed to the traveler, and especially the missionary and the administrator, some of whom had been in the field far longer and had better research contacts and linguistic skills. (26)

Para Clifford, los conceptos de “trabajo de campo” y “participación observativa”, surgidos en las primeras décadas del siglo xx, redefinieron el lugar del antropólogo como “nueva” figura de autoridad, provocando el quiebre insalvable entre una antropología académica y prácticas establecidas fuera del marco institucional por viajeros y misioneros en siglos anteriores.

Es por eso que, si bien las ciencias sociales, como actividad profesional, van a especificar un “nuevo” campo de visibilidad y de enunciación, lo harán en estrecha relación con el dispositivo de enunciados y visibilidades constituidos por los relatos de viajeros y costumbristas. Las nascentes ciencias sociales se organizaron alrededor de las premisas y de la topología de las tradiciones viajeras y costumbristas y de la novela; pero, una vez institucionalizadas, desautorizaron la validez científica de estos materiales, con el objetivo de legitimarse en la esfera pública.¹¹ En ese sentido, la historia de la institucionalización de las ciencias sociales podría ser narrada como una disputa entre las técnicas, los procedimientos y los conceptos propios de los relatos de viajeros y costumbristas y los métodos que las ciencias sociales intentaron sistematizar como suyos. Frente a esos otros géneros literarios, las ciencias sociales se constituyeron como un “nuevo” modo de ver y representar al “otro”, cuya eficacia radicaba en la autoridad científica del observador.

11 En “Fieldwork in Common Places”, Pratt insiste en esta idea al sostener que, a pesar del ejercicio de canibalización discursiva, la antropología termina por legitimarse desautorizando la validez científica del género de viaje (33).

La consolidación de las ciencias sociales dependió de un proceso de individualización discursiva basado en la formulación de una metodología, en la configuración de los objetos de estudio y en la creación de un aparato institucional propio. La institucionalización se efectuó a través de la creación de academias, museos, cátedras, planes de estudios y la difusión de revistas especializadas. En Cuba, por ejemplo, se fundó la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, en 1877, y, en 1903, se creó el Museo Antropológico de la Universidad de La Habana, a cargo de Luis Montané. En Puerto Rico, la *Revista Puertorriqueña*, publicada mensualmente entre 1887 y 1893, se convirtió en un lugar importante para la circulación de los nacientes saberes. Muchos de los materiales incluidos, en dicha publicación, registran el cambio de la retórica costumbrista a la científica.¹² A partir de 1905, en la República Dominicana, se iniciaron los preparativos para establecer el primer museo arqueológico y, en 1913, se intentó crear un museo con carácter nacional. Ya, en 1947, se había formado el Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas y, para 1972, el Museo del Hombre Dominicano.

En ese período comenzaron igualmente a publicarse los primeros estudios antropológicos y sociológicos, desde *Antropología y patología comparadas de los negros esclavos* (1876) de Henri Dumont hasta “Las clases jornaleras de Puerto Rico” (1882) de Salvador Brau; *Los criminales de Cuba* (1881) de José Trujillo y Monagas; “Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas” de Pedro Francisco Bonó; *El*

12 La presencia de Estados Unidos en el Caribe, a partir de 1898, dio un nuevo giro en el fortalecimiento de las nuevas disciplinas. Con la ocupación norteamericana en Cuba, 1898-1902, se reestructuraron los planes de estudios y se crearon nuevos programas en la universidad. Entre estos, es importante señalar el surgimiento de la Cátedra de Antropología y Ejercicios Antropométricos en 1900. Se diseñaron, en particular, dos cursos: Antropología Jurídica y Antropología General. En el contexto puertorriqueño, con el paso de colonia española a norteamericana, las relaciones entre antropología e imperialismo se intensificaron con figuras de la talla de Jesse Walter Fewkes, John Alden Mason y Franz Boas. Sobre el tema, revisar los trabajos de Jorge Duany “Cómo representar a los nuevos sujetos colonizados” y “Anthropology in a Postcolonial Colony”.

campesino puertorriqueño (1887) de Francisco del Valle Atilés; *Tratado de sociología* de Eugenio María de Hostos; *Los negros brujos* (1906) de Fernando Ortiz y *Cuba y su evolución colonial* (1907) de Francisco Figueras. En la arqueología, también, se difundieron importantes títulos como “Descubrimiento del cráneo de un indio ciguayo en Santo Domingo” (1891) de Alejandro Llenas; *Cuba primitiva* (1883) de Antonio Bachiller y Morales; *Prehistoria de Puerto Rico* (1907) de Cayetano Coll y Toste y *Apuntes para la prehistoria de Quisqueya* (1912) de Narciso Alberti Bosch.¹³

Además del soporte institucional, la emergencia de las ciencias sociales conllevó una serie de transformaciones a nivel textual, es decir, una serie de cambios en el interior mismo del discurso. Una de ellas consistió en la insistencia de distanciarse de la tropología literaria; entrar en el terreno de lo científico implicaba separarse de los modos de articular el sentido desde la literatura, en la medida que esta venía a epitomizar lo falso y lo ficticio. Así, al menos, lo entendía Trujillo y Monagas, quien enfatizó que el principal atributo de su libro, dedicado al estudio de la tipología ñáñiga, radicaba en la autenticidad y el verismo de su información y en el apego a las fuentes empíricas, utilizadas en la investigación. Parte de esa veracidad estaba relacionada con lo que él mismo denominaba la falta de “galas literarias”. Lo literario, desde la perspectiva de Trujillo y Monagas, se negativizaba y pasaba a ocupar el lugar de lo artificial y lo inexacto (262-264). La tropología literaria venía a encarnar los valores opuestos que las ciencias buscaban representar: producir un conocimiento objetivo, neutral y universal.

Junto a la necesidad de separarse del registro literario, se impuso la exigencia de incorporar el tono científico. Como han señalado Nancy Stepan y Sander L. Gilman en “Appropriating the Idioms of Science”, a finales del siglo XIX, las ciencias se convirtieron en el lenguaje

13 Aunque es importante señalar que las intervenciones arqueológicas habían comenzado a realizarse desde varias décadas antes como lo atestigua *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba* (1876) del peninsular Miguel Rodríguez Ferrer.

autorizado para hablar sobre el cuerpo, la raza y las poblaciones; es decir, el lenguaje científico pasó a ser el lenguaje de interpretación por excelencia, reemplazando a la teología, la moral y las letras. A partir de ese momento, los presupuestos científicos podían ser cuestionados efectivamente solo desde el lugar de las ciencias. Entre los años que van de 1870 a 1920, las ciencias adquirieron sus formas culturales, institucionales y epistemológicas modernas. Por ende, otro de los cambios que favoreció la progresiva consolidación de las ciencias sociales consistió en la regularización del texto científico, el cual comenzó a estabilizarse y alcanzó la forma estándar y aceptada de la escritura de las ciencias, caracterizada por el estilo breve, empírico, la fuerte ausencia del yo autorial y de la tropología (173-175).

Otra de las grandes transformaciones, acaecidas en el interior del discurso científico, estuvo relacionada con el régimen visual que acompañó a las nacientes ciencias sociales, desde la criminología y la antropología hasta la arqueología. Mientras la literatura de viajes y los cuadros de costumbres utilizaron el grabado y la litografía, los “nuevos” saberes privilegiaron la fotografía como estandarte de la “verdad”. En el desplazamiento que va de un régimen visual a otro, se cifra, de alguna manera, el paso de la literatura de viajes y del costumbrismo a las ciencias sociales. El uso de la fotografía se convirtió en uno de los elementos más importantes para delimitar las fronteras y la autoridad de las emergentes ciencias sociales, en tanto la técnica fotográfica representó el epítome del positivismo del fin de siglo. En la batalla entre los modos de representación visual, el nuevo discurso científico utilizó la fotografía como un dispositivo que, por su reproducción de lo real, estaba más a tono con los nuevos paradigmas.

Ahora bien, no todas las ciencias sociales tuvieron las mismas resonancias en el Caribe insular hispánico, porque, como nos recuerda Antonio Benítez Rojo, son islas que se repiten, pero la repetición está marcada por la diferencia (*La isla que se repite* 15-46). Si nos detenemos en las figuras que se convirtieron, poco a poco, en el epítome de la identidad nacional en la República Dominicana, en Puerto Rico y en Cuba, es posible detectar las conexiones que cada una de ellas establece con las ciencias sociales privilegiadas en las tres islas. Mientras que en Puerto Rico y en Cuba, las figuras del jíbaro, eminentemente

desracializada, y la mulata conllevaron al énfasis de la sociología y la antropología, en la República Dominicana, la figura del indígena implicó la apuesta por la arqueología. La consolidación de las ciencias sociales dependió, en gran medida, de las relaciones raciales establecidas en las tres sociedades coloniales, del tipo de esclavitud impuesta y del imaginario racial privilegiado por las elites letradas y científicas.

La necesidad de definirse frente a Haití y a España legitimó al indigenismo como narrativa de identidad en la República Dominicana; al convertirse en la ideología dominante, el indigenismo condujo al desarrollo de la arqueología como disciplina privilegiada. En Puerto Rico, el éxito del proyecto autonomista dependió, por una parte, de la modernización de las clases trabajadoras, representadas como “blancas” y “dóciles” y, por otra, del mito de la armonía racial; de esa manera, la sociología enfocada en el estudio de las relaciones de clases cobró mayor importancia. En Cuba, con una población negra y mulata muy superior a la de Puerto Rico, el estudio del cruce de “razas” se convirtió en un proyecto central para pensar la nación, llegando a privilegiarse la antropología. Las emergentes ciencias sociales en las tres islas fluctuaron desde una perspectiva arqueológica y sociológica hasta una de carácter más antropológico.¹⁴

Si bien un número notable de estudiosos, desde Talal Asad hasta Edward Said, ha insistido en las relaciones entre imperialismo y antropología, habría que enfatizar que esta última no solo fue una herramienta central en la articulación de las políticas imperiales, sino que, junto a la sociología y a la arqueología, desempeñó un papel fundamental en la configuración de los proyectos nacionales a finales del XIX y principios

14 Esto no implica que la tendencia antropológica no se desarrollara en Puerto Rico. En la parte del libro dedicada a este país, analizo el primer estudio de antropología de esa isla, *El campesino puertorriqueño* de del Valle Atilés. Por otra parte, en Cuba, Felipe Poey, Antonio Bachiller y Morales y Fernando Ortiz escribieron estudios arqueológicos. Para entender las diferencias entre la antropología del siglo XIX y del XX, así como el tránsito del llamado hombre de ciencia al antropólogo, recomiendo *Anthropology as Cultural Critique* de Georges E. Marcus y Michael M. J. Fischer (17-44).

del xx.¹⁵ En ese sentido, la definición de la nación no dependió tan solo del poder de la escritura (Rama), sino del pacto de sentido con los nuevos paradigmas científicos, desde la estadística y la medicina hasta las ciencias sociales.¹⁶ La nación se convirtió, como plantea François-Xavier Guerra, en un nuevo modelo de comunidad política, basado en un imaginario común compartido por todos los ciudadanos (“Introducción” 8); pero, en el Caribe, el problema adquirió connotaciones diferentes. Mientras las naciones hispanoamericanas, estudiadas por Tulio Halperín Donghi, alcanzaron primero las independencias y luego, a lo largo del siglo xix, construyeron sus imaginarios nacionales al mismo tiempo que consolidaban el Estado-nación (*Historia contemporánea de América Latina*), en el Caribe, los imaginarios se configuraron antes de conseguir la independencia e incluso sin llegar a concretarse la idea del Estado-nación, como en el caso de Puerto Rico.¹⁷

-
- 15 Una amplia variedad de estudios ha planteado las relaciones entre cultura, imperio y ciencia. *Anthropology and the Colonial Encounter*, editado por Asad, se ha convertido en un estudio pionero sobre la emergencia de la antropología en el espacio colonial, basado específicamente en el modelo imperial británico. Otro clásico en el tema sería *Culture and Imperialism* de Said. El Imperio español no constituyó una excepción a la regla, sino que aspiró a renovar su política imperial, durante las últimas décadas del siglo xviii y gran parte del xix, a partir de las correspondencias entre ciencia, conocimiento y poder. Frente a la hegemonía inglesa, España se vio obligada a reformular sus prácticas de control y administración, en las colonias de ultramar, para obtener un mejor dominio del espacio natural y las poblaciones.
- 16 Para pensar las formas en que ha sido concebida la nación moderna, existe una valiosa bibliografía, desde *Imagined Communities* de Benedict Anderson y *Nations and Nationalism since 1870* de Erick John Hobsbawm, hasta *Nation and Narration* y *The Location of Culture* de Homi K. Bhabha.
- 17 Es importante recordar las revisiones que Partha Chatterjee realiza al estudio del nacionalismo: “Anticolonial nationalism creates its own domain of sovereignty within colonial society well before it begins its political battle with the imperial power” (6). Para él, el estudio del nacionalismo no se puede restringir al dominio político y estatal, sino que hay que abrirlo al orden de la cultura. Aunque la división que traza entre el mundo material (instituciones sociales, Estado) y el espiritual (cultura e identidad nacional) termina siendo esquemática, al menos para el Caribe, su propuesta es relevante en la medida que no relega el estudio de los proyectos nacionales a las luchas por el poder político (6).

Imaginar la nación en la región no implicó la construcción del Estado-nación, como en el resto de Hispanoamérica, ni siquiera conllevó una asociación directa con el independentismo como opción política. Con excepción de los criollos dominicanos, las elites cubanas y puertorriqueñas que comulgaron con las nascentes ciencias sociales apostaron, en gran medida, por el autonomismo como opción política y utilizaron la credibilidad de las disciplinas científicas para legitimar sus proyectos de modernización política, económica y social frente a España. En el Caribe, los proyectos nacionales de orientación autonomistas aspiraron, también, a afirmar la nación entendida como ciudadanía común, pero sin excluir a España, el imperio continuaba siendo el referente.

La institucionalización de las ciencias sociales no respondió simplemente a un ejercicio de transposición de los saberes epistemológicos “occidentales” al escenario local, ni a una mera dinámica de causa y efecto entre “centro” y “periferia”, sino, más bien, al deseo de construir, a través del lenguaje de las ciencias, un horizonte discursivo desde donde pensar la heterogeneidad racial de la región. Como ha afirmado Jill Lane, la emergencia de las ciencias sociales se debió a la necesidad de encontrar nuevos mecanismos de disciplina en el momento en que la esclavitud como institución entraba en su etapa final (182); pero, también, habría que añadir, al deseo de articular un lenguaje que permitiera socavar la posición de inferioridad en que se encontraban colocados los tres enclaves insulares del Caribe hispánico. Las elites criollas encontraron en las ciencias una de las maneras más efectivas para participar en los debates sobre esclavitud, raza y nación en vista a consolidar el tránsito hacia ciudadanías modernas y, al mismo tiempo, intentaron elaborar un contradiscurso científico en respuesta a las teorías en boga sobre la supuesta inferioridad caribeña.

República Dominicana, Puerto Rico y Cuba

Entre los tres enclaves territoriales estudiados en este libro, Cuba y Puerto Rico compartieron, al menos hasta 1898, el mayor número de semejanzas, tanto por la prolongada condición colonial y la abolición